

## LAS ORACIONES DEL CID

por Hugo Montes B.\*

DÁMASO ALONSO ha comparado la temática de los documentos más antiguos conservados en francés, italiano y español. El primero, conocido como el Juramento de Estrasburgo, del 812, es de índole político jurídica; el segundo es de índole comercial; el español —*Glosas emilianenses*— contiene una oración, que vuelta al castellano de hoy dice así: “Con la ayuda de nuestro señor don Cristo, don Salvador, señor que está en el honor y señor que tiene el mando con el Padre con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Háganos Dios omnipotente hacer tal servicio que delante de su faz gozosos seamos. Amen”<sup>1</sup>. El invocado, ya se ve, es un Dios todopoderoso que tiene pleno señorío en el universo.

Entre los primeros textos líricos del idioma se da un pequeño poema de Jehudá ha-Leví, en que se invoca también al Señor omnisciente:

*Vayse meu corachón de mib,  
ya, Rab, si se me tornaráb?  
Tan mal meu doler li-l-habib!  
Enfermo yed cuándo sanarád?*

La versión actual dice:

*Mi corazón se me va de mí,  
oh, Dios, acaso se me tornará?  
Tan fuerte mi dolor por el amigo!<sup>2</sup>*

En el Poema del mío Cid, primer texto épico español, reaparece, y ahora con particular insistencia, la oración a Dios. Las primeras palabras puestas en boca del protagonista son de alabanza al Señor. No hay desesperación en el héroe desterrado injustamente por la intriga de los mestureros, esos enemigos que el bien tornan

\*Cuando no se indica procedencia del autor, se entiende que pertenece al Departamento de Literatura, Fac. de Filosofía y Letras, Universidad de Chile.

<sup>1</sup>Dámaso Alonso, “El primer vagido de nuestra lengua”, en *De los siglos oscuros al de Oro*, Gredos, Madrid, 2ª ed., 1964.

<sup>2</sup>José M. Blecuá, *Floresta lírica española*, Gredos, Madrid, 1957. Cf. de Dámaso Alonso, “Cancioncillas de amigo mozárabes (Primavera temprana de la lírica europea)”, en *Rev. Filol.*, esp. xxxiii, 1949.

en mal y que han conseguido envenenar el espíritu del rey Alfonso; hay al contrario, actitud de homenaje al Dios que está en lo alto, la que corresponde por lo demás a la de vasallo a Señor. ¿Es posible advertir en esta oración de alabanza un tácito reproche al señor de la tierra, nada paternal, tan propenso a escuchar las insidias de los adversarios del Campeador? En todo caso, no hay palabras para los hombres en el primer decir de Rodrigo, que reserva todo su espíritu, acongojado, para el Padre eterno. El Padre ordena, jerarquiza y hace el bien; el mal viene de los hombres, pero las gentes de buena voluntad lo convierten en bien, según el decir de San Pablo: "todo ocurre en bien de los que aman a Dios, incluso el pecado". Recuérdese el texto del Poema:

*Fabló mio Cid bien e tan mesurado:*

*"grado a ti, señor padre, que estás en alto!*

*Esto me an buolto mios enemigos malos" (7 a 9) <sup>8</sup>.*

Estas palabras son aprobadas por el juglar que las estima propias de la prudencia (mesurado) y lo cabal (bien) del Cid. Sólo en la estrofa siguiente habrá voz para el compañero de exilio, al que se llama con nombre propio, Alvar Fáñez. Son también palabras positivas: albricia, volveremos con gran honra a Castilla, de donde somos echados.

Si la primera oración es de alabanza, la segunda es de acción de gracias; va dirigida al Dios todopoderoso que gobierna cielos y tierras: "A ti lo gradesco, Dios, que cielo e tierra guías" (217). De nuevo el Dios Señor, ahora providente.

Y la tercera, de petición, se dirige a la Virgen: "¡válanme tus virtudes, gloriosa santa María!" (218).

Alabanza, reconocimiento y petición ocurren sucesivamente en estas tres manifestaciones iniciales de la religiosidad cidiana; es decir, hay una jerarquización perfecta de los objetivos básicos que tiene el ser humano para hablar con Dios. Primero se mira hacia El bendiciéndolo y dándole gracias; sólo después se mira al yo. El cielo antes que la tierra; y en el cielo, Dios, luego María. Dios aparece en su grandiosidad y poder: está en lo alto y dirige toda la creación. María, prudentemente en plano secundario, es presentada asimismo de modo majestuoso, a través de su gloria y de su santidad. Esta representación solemne de lo divino se mantendrá a lo largo del poema, según puede apreciarse enseguida: "Grado a Dios del cielo (614), Grado a Dios, aquel que está en alto (792), Grado al creador (1633 y 1867), Gradéscolo a Dios del cielo (2038), Esto gradesco al padre criador (2044), Dios que está en cielo de-

<sup>8</sup>Citas de Clásicos Castellanos, 7ª ed., Madrid, 1955.



vos den y buen galardón (2126), Grado al Criador (2192), Aún si Dios quisiere e Padre que está en alto (2342), Grado a Dios que del mundo es señor! (2493), Plega al Criador, que en cielo está (2892), Esto gradesco yo al Criador (3404), Valme, Dios glorioso (3665), Grado al rey del cielo" (3714).

Bien muestran estos textos con qué insistencia el Dios del Poema es un Dios glorioso, creador de cuanto existe, alejado del mundo (vive en las alturas). Es Padre no obstante, y por eso se le puede llamar confiadamente. Se habla de la Trinidad a propósito de las misas que dicen el abad don Sancho en Cardaña ("La misa nos dirá, de santa Trinidad", 319) y el obispo don Jerónimo en Valencia ("oy vos dix la missa de santa Trinidad", 2370), y con alguna frecuencia del Padre espiritual.

Se agradece, en general, a Dios la oportunidad de salvación que trae la lucha contra los moros. El que muere en esta lid es santo, se salva. Lo dice bien don Jerónimo, cuando lucha en Valencia contra Yúsuf: "El que aqui muere lidiando de cara/préndol yo los pecados e Dios le abrá el alma". Este es el buen Señor, que recompensa al buen vasallo. De nuevo quizás aquí un reproche a quien no retribuye: "¡Dios, que buen vasallo si hobiese buen Señor!". La oración de Jimena contenida en la tirada dieciocho es de severidad impresionante; comprende una larga alabanza (versos 330 a 363) que remata en petición de apenas dos líneas. La parte laudatoria destaca antes que nada el poderío de Dios creador y de Dios redentor. Aun en el Calvario aparece la omnipotencia divina: "estando en la cruz, virtud fezist muy grant", 351.

A Dios se adora y en El se cree y se confía; la palabra amor, en cambio, no aparece en relación al Señor. Dios es señor del mundo, rey de reyes, dueño de las victorias, monarca del mundo y del cielo. Con su poder se vence a los enemigos y a El hay que agradecer todos los triunfos. María, ya se dijo, aparece también, mas no en sus aspectos de ternura y dolor, sino como la santa y gloriosa madre de Dios. En el Poema la Virgen no es madre de los hombres, sino del Señor. Los poderosos de la tierra suelen ir asociados al Padre eterno: "Grado al Criador e a vos, Cid, barba vellida", dice Jimena en la tirada 119; la expresión es repetida casi a la letra por el infante Fernando: "Grado al Criador e a vos, Cid ondrado" (2528). En la tirada 137 esta asociación se hace con Alfonso VI: "Grado al Criador e a vos, rey señor"; igual más adelante: "Grado a Dios del cielo e aquel rey señor Alfonso" (3452).

De Cristo se habla muy poco en la obra. Si no hemos contado mal, apenas en cuatro o cinco ocasiones (tiradas 18, 88, 102, 120, y 131). Indefectiblemente es el Cristo pantocrático, dueño del mundo. A El y a nadie más agradece el Cid su poderío. En dos ocasio-

nes se da el verso "Grado a Cristus, que del mundo es señor" (2477 y 2830). Es una imagen que corresponde cabalmente a la de las pinturas románicas de la época, ya de inspiración bizantina, ya de inspiración occidental. Un Cristo todopoderoso, severo, solemne. Los aspectos amables del buen pastor, del amigo, del servidor no aparecen jamás; tampoco los del siervo doliente. Si Jimena evoca sus milagros es para mostrar su poder antes que el servicio a los humildes: "resucitest a Lázaro, ca fo tu voluntad" (346) <sup>4</sup>.

Dios suele aparecer en compañía de todos sus santos (tiradas 30 y 119), una muestra más de su gloria y su poder. Es el señor junto a la corte celestial. "Esto Dios se lo quiso con todos los santos", comenta Rodrigo después de una batalla (1750). En cambio, las evocaciones individuales de los santos no se prodigan. El rey Alfonso se encomienda dos veces a San Isidro (tiradas 100 y 135). El apóstol Santiago aparece en pocas ocasiones. Lo menciona Rodrigo para alentar a sus mesnadas antes de la batalla contra Yúsuf: "ir los hemos fferir, non passará por al, / en el nombre del Criador e d'apóstol santi Yague" (1690, 1690b). El poeta lo pone a la par de Mahoma: "Los moros llaman Mafómat e los cristianos santi Yague" (730).

En síntesis, a través de las oraciones frecuentes del Poema se muestra una religiosidad teocéntrica dirigida hacia el Padre todopoderoso. La ayuda divina protege al Cid y los suyos, tanto en los encuentros con los moros, cuanto en sus dificultades con cristianos. Todo lo que el héroe alcanza —triunfos militares, reunión con su familia, prosperidad económica, señorío de Valencia, venganza de los de Carrión—, proviene de ese rey del cielo y la tierra, justiciero y omnipotente. Es el Dios que correspondía al espíritu militar de la epopeya, a su triunfalismo no menos que a su severidad general. No es un Dios opresor de la libertad humana, pero sí un ser superior sin cuya colaboración el hombre quedaría en la imposibilidad de llevar adelante sus obras. No prevalece el amor en las relaciones de tierra y cielo, sino una vinculación de dependencia o, si se quiere, de correlación necesaria entre la voluntad justiciera del Señor y la actuación de los que de alguna manera son sus representantes en la tierra, ya el buen príncipe cristiano, ya el guerrero que lucha contra el moro, ya el obispo, ya el hombre simplemente empeñado en una causa justa.

Un siglo más tarde cambiaría esta situación en las letras españolas. Gonzalo de Berceo iba a adentrarse precisamente por la ternura de María, destacando su delicada atención a los hombres me-

<sup>4</sup>Esta oración de Jimena es vista por M. Pidal como resultado de la presencia en la épica española de poemas franceses (Introd. a la edición cit. de C. G., pp. 33 y ss).

nores —el clérigo torpe, el niño judío— o en cuitas difíciles —la abadesa en cinta—. El autor anónimo del Auto de los Reyes Magos sabría de la infancia de Jesús y de los preparativos de Melchor, Gaspar y Baltasar para verlo y ofrendarle regalos. Incluso el Poema de Fernán González, de la segunda mitad del siglo XIII, muestra a través de sus oraciones y de diversos episodios una religiosidad más variada, en la cual junto al Padre creador aparece el que quiso nacer de la Virgen “preciosa”; el Señor es también “precioso señor” (estrofa 155) y el buen maestro que mostrará al poeta las cosas pasadas para que las pueda narrar. El rey Rodrigo, en cambio, no era de Dios amigo (estrofa 35). En la obra intervienen fray Pelayo y otros monjes de la ermita de san Pedro y se habla normalmente de las razones de amor: “a aquel Rey de los Reyes por cuyo amor lidiava” (estrofa 427). Hubo allí muchos santos muertos por su amor, se lee en otro verso. Y un siglo después, el volcánico Juan Ruiz iba a cantar los dolores y los gozos de María madre de Dios y de los hombres.

También en el Libro de Apolonio, de mediados del siglo XIII, quedan en evidencia el amor misericordioso de Dios y su especial protección a los que sufren:

*Es el rey de los cielos de una gran providencia,  
siempre con afligidos extrema su clemencia,  
ampararles las penas es su total tendencia,  
debemos todos ser firmes en su creencia (Estrofa 93).*

En la estrofa 184 se habla de una dulce amiga y en la 112 de cómo Dios quiso ayudar. Se prodigan las bendiciones y otras actitudes bienhechoras imposibles de imaginar en el siglo XII.

Hay así un corte radical entre las letras del siglo XII y anteriores, de una parte, y las del XIII y del XIV, por otra, que se revela con precisión en el tratamiento de lo divino. De la severidad se pasó a la ternura, la protección reveladora del poder dio en ayuda llena de delicadeza, el amor personal prevaleció sobre la justicia implacable. Lo sobrenatural se hizo más natural y lo divino más humano: valga la paradoja. Estas variaciones de la sensibilidad religiosa corresponden a la diferente visión de la realidad que se da en una época y en otra, y su estudio es del más alto interés en la historia de la literatura española<sup>5</sup>.

<sup>5</sup>Cf de José Promis, *La conciencia de la realidad en la literatura española, siglos XII al XVII*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, s.f.